

ALBANO BRANCO

≡ 1909

MONTEVIDEO
A. BARREIRO Y RAMOS, EDITOR
LIBRERÍA NACIONAL

WILLIAM WALKER

1840

WALKER
WILLIAM WALKER
1840

H. S. Robertson,

Rio de Janeiro, October 15, 1916

1909

RECEIVED
LIBRARY OF THE
MUSEUM OF COMPARATIVE ZOOLOGY
OCT 20 1916

M. BERNÁRDEZ

RÍO BRANCO

I. Razón de este homenaje.

II. Río Branco.

III. Nuestra frontera Noreste.



MONTEVIDEO

A. BARREIRO Y RAMOS, EDITOR


•LIBRERÍA NACIONAL•

1909

I.

Razón de este homenaje.

(Carta del autor al editor)



Digitized by the Internet Archive
in 2017 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign Alternates



Buenos Aires, Octubre 30 de 1909.

SEÑOR DON A. BARREIRO Y RAMOS,

MONTEVIDEO.

Señor y buen amigo:

El propósito de editar en volumen separado el capítulo sobre el Barón de Río Branco de mi libro “ El Brasil ”, — propósito que usted tuvo á bien hacerme conocer á mi reciente paso por Montevideo, — merece toda mi simpatía. Fruto de primeras y rápidas impresiones sobre la alta personalidad que refleja pálidamente, dicho capítulo, que acabo de releer ya á dos años de distancia de la fecha en que fué escrito y después de un más detallado conocimiento del canciller del Brasil y de su obra eminente, puede ser publicado de nuevo, pues sus defectos son en todo caso de deficiencia en la capacidad requerida para abarcar su asunto, vario

y enorme — pero no peca de infidelidad. Falta allí mucho, que hoy pondría yo si debiera escribir de nuevo y con mayor meditación aquel improvisado bosquejo: pero lo que está, está en su lugar y no tiene por qué ser removido. Yo ampliaría al presente el área de observaciones á propósito de la personalidad del gran brasileiro cuya actuación internacional y cuya influencia moral sobre su pueblo son un caso único en la vida universal contemporánea; modificaría tal vez lo anecdótico superficial de mi bosquejo, ahondando en cambio en la latitud de la obra diplomática realizada por el Barón de Río Branco, enriquecida todavía con dos grandes actos recientes, que bastarían para la gloria de un hombre y el honor de un pueblo: el acto de la liquidación fronteriza del Brasil con el Perú, en que la profunda sagacidad y el tacto seguro de Río Branco para actuar resueltamente en el minuto preciso, originaron una importante y rápida victoria para la cancillería de Itamaraty, despejando el horizonte del Brasil de una guerra en perpetua incubación, y que fuera declarada inevitable por espíritus tan capaces de penetrar las fatalidades futuras como el del glorioso é infortunado Euclydes da Cunha; y el acto de nuestra cuestión tradicional de la laguna Merim, zanjada con una amplitud tan elevada y serena que acaba

de perfilar al Brasil en aquella actitud de mantenedor conspicuo del buen derecho internacional, con que gallardamente se presentó y se impuso á la consideración del mundo civilizado en el Congreso de la Haya.— En esos rumbos acentuaría hoy una semblanza del Barón de Río Branco, no siendo difícil que á ello me aventure cuando disponga del reposo mental indispensable para intentar, como deseo, algunos ensayos de biografía é historia psicológica de hombres de Sud América; pero por ahora, reconozco que, como boceto de oportunidad, para presentar la figura ejemplar y eminente del canciller del Brasil al respeto de nuestro pueblo, aquella impresión periodística incompleta y hecha á grandes líneas, evoca bastante los rasgos salientes de la figura, de la vida y de la obra del Barón de Río Branco, siendo en cierto modo y dentro de mis deficiencias de expresión, un prospecto de las ideas cardinales del gran canciller. Allí está, creo que por primera vez, lanzada públicamente á la circulación universal, la fórmula de la paz y de la defensa de Sud América, sintetizada en la alianza del Brasil, la Argentina y Chile, á la que forzosamente debe ser incorporado el Uruguay, del que no sería ya posible prescindir; allí está, afirmada en horas de inquietud y recelo, la fé profunda y fuerte de Río Branco en

la armonía indestructible de los destinos de estas naciones, que sólo ofuscaciones de arrabal, incapaces de tomar altura y dominar conjuntos, pueden creer destinadas á atacarse y destruirse; allí está aquel concepto superior de la política de Río Branco, dirigida á suprimir dificultades de aproximación dentro del continente, á reforzar el poder y el prestigio común, para unirlos después en la común defensa y beneficio; allí está, culminante é imperiosa como un dedo que marca una ruta, aquella síntesis del pensamiento de Río Branco: “ se trata de poner en recaudo nuestra herencia y asegurar nuestro común derecho á trabajar y prosperar en paz. Para esto es para lo que deben ser nuestras fuerzas eficaces; pero mientras no se unan deliberadamente no lo serán sino en grado precario ”. Y más adelante, cerrando el período y echándolo á circular como un convoy de ideas en marcha: “ el día en que no haya sino un pensamiento y una acción en toda cuestión internacional que afecte al continente. no habrá osadía ni arbitrariedad bastante fuerte para imponernos una vejación. Cuando ya no sea cuestión de ocupar un puerto, sino de bloquear todo un continente sobre dos océanos, las cosas cambiarán sustancialmente, no sólo para la seguridad, sino para el prestigio y para el rango de Sud América ”. Cuando se ha oído,

como yo oí, hablar á tal hombre, en tal estilo, diciendo tan trascendentales, simples y desusadas cosas, cuya fuerza de utilidad y verdad las convierte inmediatamente en consignas á cumplir, se tiene la impresión de haber subido á una cumbre,—se ve el horizonte amplio y claro,—se reducen á su insignificancia original las cuestioncillas de rivalidad y los antagonismos de barrio,—se siente la utilidad y la fuerza benéfica de la diplomacia así entendida, que tanto comprende y tanto abarca, buscando en el bien de todos la más clara fuente del propio bien,— invade el espíritu una convicción altiva é indestructible de que el destino de América y su gloria deben ser buscados y serán hallados, gloriosamente, en el camino ancho del progreso y la fraternidad, atada con el doble lazo de las afinidades y del honrado interés; se piensa, como Sarmiento, que “ya se ha zonceado bastante”, y se baja á la llanura diciendo, también como Sarmiento, que “el mal existirá siempre en la tierra; pero hoy más que nunca brillan por sus virtudes nuestros pueblos de América!”

Fué penetrado de tales evidencias que escribí la semblanza del Barón de Río Branco que usted tiene hoy la amable idea de circular profusamente en nuestro país, como el más sencillo, pero quizás no como el menos expresivo

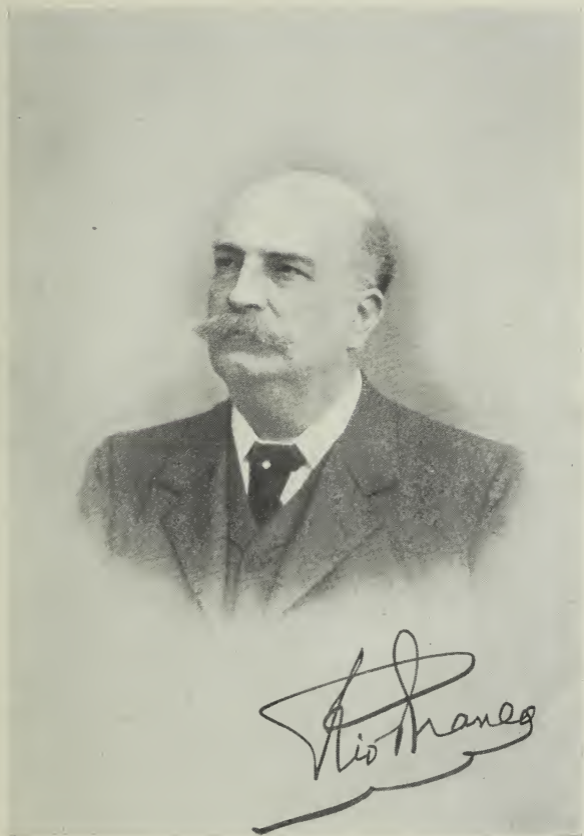
homenaje. Eso oí, eso repetí y en eso sigo creyendo. Algunas objeciones, — pocas, y de poca importancia moral — me ha deparado esta convicción de que Río Branco *piensa así*; convicción que no ha faltado quien la juzgue credulidad ingenua, diciendo que Río Branco “no se iba á confesar conmigo...” Yo nunca creí que se hubiese confesado: pero sí, creo firmemente que aprovechó la oportunidad de estar por mi intermedio en contacto con un gran diario sudamericano, en cierto momento que él habrá creído oportuno, para dar al continente una síntesis clara y concreta de su modo de ver el presente y de preparar el futuro, revelando la índole prospectiva de su acción y lanzando á los vientos la semilla de su propósito transcendental de alianza, — semilla que ha caído en tierra fértil y que hemos de vivir bastante para verla germinando lozana y dando frutos de honor y de prestigio continental. Aquella fórmula que pareció una fantasía del Barón... ó del repórter, es ya una preocupación de nuestras cancillerías, y va marchando á una encarnación forzosa, inevitable, porque responde á intereses incoercibles. ¿Quién nos dice que las fiestas del centenario argentino, atrayendo presidentes y cancilleres á la metrópoli de Mayo, que entonces respirará, titanicamente, con el pulmón sano y fuerte del

glorioso pasado, las auras del futuro, no puedan ser también las fiestas de la armonía, de la concordia y de la alianza? Observando fijamente el fenómeno político-social que se agita y la nube que pasa, no es difícil advertir el poderoso dinamismo de aquel viento que Emerson vió soplar irresistiblemente á través de las almas, en la dirección del Derecho y la Necesidad!

Gracias por su amable lemnbranza y disponga de su amigo,

M. BERNÁRDEZ.





Último retrato del Barón de Rio Branco, con su firma autógrafa

II.

Río Branco.

(Capítulo del libro « El Brasil »)



Río Branco

En el palacio de Itamaraty. — Las casas y las cosas del Brasil ganan viéndolas por dentro. — El taller de trabajo de Río Branco. — Su “home” en la cancillería. — Una vida de labor. — Noches fecundas. — La explicación de un prestigio. — El hombre, su medio, sus ideas y su obra. — Genealogías ascendentes. — El ministro Paranhos. — La tradición paterna. — Reportaje para el Plata. — Rumbos de la política del Brasil. — La paz, la justicia, el derecho y el progreso, la riqueza común y el orden como bases del prestigio de Sud-América. — ¿Tres países para todos? — Argentina, Brasil y Chile. — La alianza política y los tratados económicos. — Nuestro enemigo es nuestra desconfianza. — “Sólo la locura podría traer discordias”. — Algunos rasgos del “gran brasilero”. — Un sport. — Por qué no hace política Río Branco. — “Todo para el Brasil” — Uno que podría no ser nada y serlo todo.

Me habían dicho que el barón de Río Branco era muy matinal, como lo son generalmente los hombres de trabajo en Río, porque el clima lo pide. Me fuí en consecuencia á Itamaraty, á cosa de las nueve. Bajé de un pequeño “bond” de los pocos que quedan á sangre, tirado por una mulita diligente, y penetré en un vasto vestíbulo. Un hombre de aspecto palatino — el mayordomo de la cancillería — salió á atenderme, deferentemente. Dije de donde

iba y á qué. Deseaba saludar al señor de Río Branco en nombre de *El Diario* de Buenos Aires.

— Su Excelencia, me dijo el mayordomo, se acostó á las ocho; así es que, hasta después de las doce, considero difícil. . .

Yo no opinaba del mismo modo, creyendo que se tratase de las ocho de la noche anterior. Pero el mayordomo me sacó del error, agregando á guisa de explicación cortés:— Como su excelencia estuvo varios días en San Paulo se le atrasó el trabajo y por eso se quedó despachando toda la noche. . .

Sin dificultad quedé con esto convertido á la juiciosa opinión del mayordomo. El barón de Río Branco se había acostado apenas una hora antes. . . El hecho era curioso, pero según me informé, no era raro. El barón se queda con mucha frecuencia trabajando hasta el día, — lo menos dos ó tres veces en la semana. Vive con su familia en Petrópolis, (*) pero en cuanto un trabajo cualquiera lo retiene en Río hasta el anochecer, se deja seducir por la ingente ta-

(*) En mi segunda visita al Brasil, tuve el placer de satisfacer por completo mi curiosidad acerca de la vida y hábitos de labor del barón de Río Branco, gracias á la iniciativa de su gentil cortesía. Después del amable honor de un almuerzo en su residencia de Petrópolis, me permitió ver su Sancta-Sanctorum de las grandes meditaciones y del trabajo metódico, diciéndome con su afabilidad de hombre de mundo que, ya que lo había yo pintado en el

rea que lo solicita, se recluye en su despacho, hace allí una cena frugal y se vande la noche en claro, estudiando protocolos, meditando soluciones de problemas grandes y de asuntos pequeños, de cuestiones exteriores y de cosas caseras, edilicias, policiales, de ornato público, de agasajo de viajeros distinguidos, de fomento urbano, de cultura ó de estética callejera — de todo, menos de política. La actividad del canciller es enorme y minuciosa, — á semejanza de una proboscide, que lo mismo arranca un árbol de cuajo que levanta una aguja del suelo. Montañas de expedientes, cordilleras de tele-

caos de su sala de trabajo en Itamaraty, quería que viese que era también hombre ordenado y capaz de minuciosidades burguesas... En realidad, el despacho de su residencia — en cuyos detalles se notan las costumbres y gustos de un gran señor — no lo refleja tanto como el otro, sino después que se examinan las estanterías, los tesoros bibliográficos, los códices valiosísimos que allí guarda el barón, como raros manjares para su exigente paladar de erudito. Un manuscrito sobre la batalla de Ituzaingó, escrito y preciosamente ilustrado por un oficial alemán al servicio del Imperio, me hizo pensar en las perversas delicias de un saqueo. Pero lo que más llamó mi atención, mostrándome una nueva faz del trabajo mental del barón, fué su extraordinaria facultad de coleccionador de documentos, su gusto y su destreza de papalista, en cuya tarea se requiere una dosis de paciencia elevada á virtud, que se diría incompatible con las grandes síntesis mentales que ocupan de preferencia el pensamiento del canciller. La historia de las cuestiones de límites concluídas bajo su dirección, está hecha, virtualmente, en la ordenada acumulación de documentos encuadernados en enormes infolios cuidadosamente numerados y catalogados. “ La Cuestión de Misiones ” ocupa diez ó doce volúmenes que cargarían un carro; “ La Cuestión del Amapá ”, que es todavía más larga, la del Acre y todas las demás, están ordenadas del mismo modo. Abrió el barón un tomo, al azar, de “ La Cuestión de Misiones ” y observé con viva curiosidad la diversidad de documentos allí

gramas, lo esperan siempre, desbordando en las mesas — y él, con su movilidad reposada, sin un ademán inútil ni un minuto vacío, sin un bostezo de cansancio, sin abrir más escape á su energía que la minúscula chimenea, siempre humeante, de su cigarrillo negro armado en chala, se sumerge en la tarea y va girando la rueda de sus decisiones como el volante de un mecanismo mental, que no se equivoca, ni vacila, ni vuelve atrás. Cuando pude dar una ojeada á aquella labor desmedida y metódica, me vino la idea, quizás un poco absurda, pero gráfica, de una de esas trilladoras á vapor que

archivados, con una lógica que á primera vista no se advierte, pero que un breve examen pone en evidencia, notándose, al lado de un telegrama en clave, el menú de un banquete ó un recorte de diario, y — junto á un documento secular que trajera luz inesperada al debate, el retrato de una dama de la diplomacia que algo tuviera que ver en ciertas delicadas tramitaciones. Todo ello tenía entre sí una conexión íntima — una relación de causa á efecto... Parecía que los hilos con que fuera tejido el sólido alegato pericial, dejaban ver aquí y allá algunas de sus puntas, al ser abierto bruscamente el volúmen que los guardaba... El barón ha hecho allí, en aquella sala de hombre de letras, un substractum de su inmensa labor, acumulando de paso materiales para trabajos históricos sobre el Brasil, en los cuales piensa á la vez con delicia intelectual y con melancolía, pues parece temer que la diplomacia, con sus exigencias desbordadas, ocupe y anegue los apacibles recintos en que medita dar expansión y espacio á sus caros proyectos de historiador. Sin duda alguna, la historia de la diplomacia brasilera y la historia de la guerra del Paraguay — tema este último que mucho ama y anhela poder abordar el barón — no hallarían numen más fuerte, más informado, más autorizado, más capaz de imparcialidad y de serenidad filosófica, que el del hijo y compañero del pacificador del Paraguay, y actor á su vez, conspicuo y victorioso, en las más trascendentales jornadas diplomáticas de su patria.

se ven funcionar á miles en nuestras campañas durante la cosecha, recibiendo incesantemente parvas enteras de espigas, y sin esfuerzo ni demora aventando la paja al aire por un lado y volcando por el otro el grano limpio, embolsado y listo para ser pan...

Estas imaginaciones comparativas se me ocurrieron otra vez que, acompañado de un gentil amigo que era muy de la casa en Itamaraty, volví á intentar la entrevista, desencontrándome con el barón, que acababa de salir para el palacio presidencial. Mi deseo era una visita lisa y llana — un discreto exabrupto periodístico, sin las solemnidades cohibitorias de una audiencia oficial. Sabía que el Canciller tenía mundo de sobra para no tomar á mal un abordaje en tal estilo y no quise salirme de mi propósito. Pero el desencuentro, lejos de hacerme perder la tarde, me sugirió el vivo deseo de dar un vistazo furtivo al misterioso taller de trabajo internacional sin la presencia del dueño de casa; y el amable compañero accedió á mi pretensión, introduciéndome en el palacio, ya universalmente famoso, de Itamaraty.

Itamaraty es, como Cattete, la obra de un gran señor, opulento y refinado en la compleja y esquisita ciencia de la vida. También como Cattete, el palacio de la cancillería, comprado á un noble del Imperio, no dice lo que es, visto desde afuera. Parece un caserón. El amigo que me acompaña me dice, contestando una observación mía al respecto: — Usted verá que las casas y las cosas del Brasil son casi siempre mejores que su aspecto exterior y ganan á medida que se las ve por dentro... Con agrado voy concordando. El palacio, en efecto, una vez subida la escalera de honor, va revelando las magnitudes, la suntuosidad severa y artística, el noble sabor antiguo de una gran residencia señorial. Vastos salones, con magníficas alfombras persas y tapices de Aubusson que representan fortunas como valor y como arte, se suceden, decorados por bustos de diplomáticos y estadistas y por profusión de cuadros que invariablemente llevan firmas de artistas brasileros. Un bello parque tropical forma el centro del extenso edificio, flanqueado por salas, despachos, dependencias, archivos; y al fondo, un cuerpo entero de dos pisos, construído expreso, encierra el tesoro de una biblioteca diplomática invaluable, que es el amor, el orgu-



Iconografia Artística del Barón de Rio Branco

Placa de plata ofrecida al Barón por el Estado de San Paulo

llo y el arsenal de combate del barón de Río Branco.

Después de una rápida gira curioseando los salones y oficinas, todas abiertas, pasamos por delante de una puerta cerrada. Mi acompañante me dijo:

— Este es el despacho del barón.

Bien deseaba verlo, porque hasta entonces no había hallado allí nada característico, nada que concretamente se refiriese al hombre, cuyo nombre, cuya popularidad, cuyo prestigio, como una leyenda y una obsesión, había visto presente siempre, desde que pisé tierra del Brasil, flotando en todas las conversaciones, surgiendo en todos los discursos, centro de un fervor, de un cariño, de una confianza apasionadas, por parte de todas las clases del país. Había oído decir á bordo: — Río Branco es adorado en el Brasil; y lo de adorado me parecía algo excesivo. Pero después de casi un mes de circular por ciudades y campañas, sabía ya que la expresión era exacta. No he visto ejemplo de prestigio semejante, tan total, tan sin sombra de sospechas, ni distingos, ni reservas, ni celos. Aun los políticos que combatieron al canciller en empresas como la del Acre, que dió al Brasil el monopolio del caucho, se habían rendido, convencidos ó llevados por la ola; y hoy la adhesión á Río Branco es un hecho nacional.

Por circunstancias especiales tuve en mi gira ocasión de oír numerosos discursos, con objetos que no tenían relación con los negocios exteriores ó la tenían muy remota. Pero ningún orador dejó nunca, con amables pretextos ó sin ellos, de referirse á Río Branco. Y el público, así fuera de damas y caballeros de frac ó de atezados campesinos, esperaba la referencia como una cosa indispensable. Y en cuanto la alusión asomaba, en cuanto el orador, elevando el tono con un largo ademán de expectativa, empezaba á decir, por ejemplo, acentuando la frase:

— Pero hay un brasilero . . .

Ya se sabía de quien iba á hablar, y el público rompía en vítores: “ Río Branco! Río Branco!” El éxito oratorio quedaba asegurado, cualquiera que fuese el resto del discurso, porque apenas lo dejaban escuchar los aplausos.

* * *

Deseaba, pues, ver un poco por dentro al hombre que tal amor había llegado á inspirar á todo un pueblo, esparcido en tan inmensas distancias. Y pedí el favor de echar una ojeada al despacho privado. Mi acompañante se escandalizó un poco con la pretensión — pero

dándose cuenta de que me la sugería algo más que una trivial curiosidad, accedió, con una cláusula condicional: “não olhando para os papeis pode...” La condición era hasta algo ofensiva! pero tratándose de un periodista, podía admitirse...

El despacho es simplemente un enorme salón de unos quince metros por ocho, y su aspecto á primera impresión es más bien para desencantar. Nada extraordinario, ni siquiera nada monumental, nada decorativo, nada sugerente; las paredes desnudas, ninguna obra de arte, ningún busto evocador, ningún recuerdo, ni siquiera un triste rastro de jornadas memorables — ni mapas con señales estratégicas por las paredes... ni siquiera alfombra en el suelo. Aquello parecía más bien el refectorio de un convento convertido en celda de un padre prior dado á cosas de letras. Porque papeles sí que había! Papeles amontonados en mesas de todo rango, en escritorios de todo género, desde el estilo ministro hasta el modesto de un cajón y el más modesto de ninguno. Mesas de caoba, de cedro, de pino blanco, de cualquier forma, hasta el número de catorce ó quince, soportando montones de papeles, obstruían el vasto salón, imponiendo, para circular, desde la marcha oblicua hasta el laborioso desfile de flanco. A la derecha, una mesa, la más importante por

su tamaño de varios metros, está formada por tablas de pino puestas sobre caballetes: pero como aun eso resultase escaso á la avalancha de los papeles, recibió los honores de un entresuelo, haciéndosele un piso inferior con otras tres tablas, puestas sobre el cruce de los caballetes. Y allí también los papeles alzan sus bloques y sus rimeros, haciendo curvar las tablas. ¿Dónde trabaja el barón? Para contestar la pregunta el acompañante investigó sobre las mesas. “No hay más que ver donde está el candelero...” En efecto: todo aquel recinto de labor mental no recibe más luz que la de una vela. Allí no hay arañas, ni focos portátiles, — un modesto candelero de loza blanca ambula con el operario de aquel taller, de mesa en mesa. Cuando una se abarrota hasta el punto de no poder ya escribir en ella, se trae una nueva, la primera que se halla vacía en el palacio, y allí se instala el barón, con su candelero, su silla — porque ni siquiera usa un sillón de esos tan cómodos para ver como sube el humo del cigarro — una botella de agua, un vaso y el tintero — un tintero común, de esos que caen parados, como para vagabundear, sin volcarse, en esa vida de continuos traslados. Cada mesa tiene por lo regular tres montones: el montón de los telegramas, á la derecha, sin duda porque, siendo de índole urgente, deben estar á la mano; el

montón de los oficios y papeles epistolares á la izquierda; y un tercer montón al frente, que digo yo que será el montón de lo que no sirve — como quien dice, la paja de la trilladora. Todos aquellos papeles están copiosamente anotados con la gruesa letra del barón, que escribe sin pereza, poniendo siempre, en las notas marginales ó en las resoluciones, el pensamiento entero y definitivo, formulado de una pieza por su criterio certero y su erudición colosal, especialmente en cuanto tiene que ver con el Brasil, tanto sea con su historia, como con su diplomacia, su geografía ó su naturaleza, su flora, sus razas y fenómenos étnicos, su comercio y sus industrias, su fauna ó sus costumbres, sus insectos ó sus leyendas — pues el barón tiene fama de ser el brasilero que más sabe sobre el Brasil.

La impresión de desencanto sufrida al principio por mi curiosidad, dejaba sitio á una sensación de interés creciente, al observar en aquel recinto tan característico, rasgos íntimos del canciller del Brasil, cuya obra de estadista, después de haber logrado la adhesión total de su país, realzado, considerado, librado de cuestiones de vecindad, y puesto en un rango de considerable importancia internacional por la acción de su diplomacia, atraía ahora con crecientes curiosidades el interés de las naciones

de América y Europa, aun de las grandes potencias — que en el congreso de La Haya se habían visto obligadas, con cierta admiración y quizás con un poco de impaciencia, á atender, primero con desgano y después con modales deferentes, á aquel nuevo interlocutor exótico, entre cuyas verbosidades tropicales, que al principio se creyeron simplemente pintorescas, asomaban inesperadas altiveces y modos de decir terminantes y claros, y que sin mucha ceremonia, actuando de igual á igual con todo el mundo, tomaba para sí un asiento, que parece definitivo, en todo futuro debate internacional donde se ventilen intereses ó ideales de Sud-América. Aquel retiro de labor, simple y severo, carente de toda gala, de todo confort, hasta de las pequeñas comodidades elementales que cualquier modesto burgués se procura para sus cortas meditaciones — aquella inmensa sala, alumbrada por una sola vela, tan inhospitalaria y distinta de cuanto se cree propicio á las misteriosas gestaciones del pensamiento, revelaba todo un modo de ser, un temperamento con la rara aptitud de encerrarse en su propio universo y gozar el halago de la labor sin testigos, sin alicientes visibles, sin estímulos de esos que, por vanidad ó interés, mueven por lo común la energía de los hombres. Aquella forma severa y superior de la tarea intelectual me

✓ Bernardez, Manuel.

Rio Branco... Montevideo, A. Barreiro y
Ramos, 1909.

6Ag53 G.W.S. Robertson

Entry = T4

56
59

trajo á la memoria, por una relación fácil de afinidades selectas, el recuerdo de otro poderoso trabajador — de Mitre, trabajando también por las noches, hasta que la alborada visitaba su retiro, — alumbrado también por una palmatoria que viajaba con él desde la biblioteca hasta el dormitorio del piso bajo, en donde la pequeña cama de hierro, ajena al sensualismo del reposo, parecía resumir en su sencillez, como una síntesis cotidiana, la moral y la vida del solitario trabajador.

Tiene también allí Río Branco su dormitorio de las noches laboriosas. En un ángulo del despacho, un biombo de una tela cualquiera, clavada en listones de cedro, cierra un espacio reducido — lo indispensable para que quepa allí una cama de caoba, de plaza y media, y una silla. Y en relación con este elemental aposento, un lavatorio de hierro fundido, sin espejo, puesto á un costado de la puerta de entrada, completa el ajuar, por lo que hace á la toilette del canciller. En estas noches hace sus colaciones sobre la misma mesa en que escribe — la-deando apenas la hoja húmeda de la escritura reciente, donde va formulándose un tratado ó un plan de recepción, ó un pliego de instrucciones diplomáticas, ó un informe geográfico ó histórico para cualquier academia ó sabio europeo, de los muchos que solicitan datos del

barón, sabiendo que contesta siempre, agotando el tema y á vuelta de correo. Un servidor hábil en improvisaciones culinarias — á base de legumbres, pues el Canciller no come carne — adereza la cena frugal, en una pequeña cocina á gas, allí contigua — soliendo todavía el barón disfrutar, en esas cenas suyas sobre la mesa de trabajo, el encanto de una gentil compañía — la de Mlle. Hortensia de Río Branco, ejemplar gallardamente representativo de la mujer brasilera, quien á menudo se queda también en Itamaraty, como á dulcificar, con el efluvio ondulante de la gracia y el talento femenino, las austeridades rectilíneas de la labor paterna.

Mi entrevista con el barón de Río Branco se efectuó tan á mi gusto, que hasta lo hallé fuera de su despacho oficial, fuera de todo tren de preocupaciones y de todo vestigio de ceremonial, en un amable cuarto de hora expansivo y propicio á la condescendencia.

Un grupo de estudiantes de Derecho que lo había acompañado desde San Paulo le rogó que se retratase con ellos, y el barón accedía complacido, hallándose cuando llegué á saludarlo, posando entre el grupo juvenil, remozado también él, con un visible encanto de la compañía, contando anécdotas de su tiempo de estudiante en la claustral é ilustre academia paulista, cuyo orgullo por haber tenido en sus



Iconografía artística de Río Branco

Fotograbado del busto en bronce ofrecido al Uruguay por la juventud brasilera y existente en el salón de honor del Ateneo de Montevideo

aulas, cuarenta años atrás, al travieso, delgado y garrido estudiante Silva Paranhos, actual canciller é ídolo del Brasil, acababa de traducirse en las más vivas formas del regocijo.

De pie, levemente reclinado contra el quicio de una puerta, teniendo por delante la claridad de las galerías atrás del palacio y el bello espectáculo del jardín donde lucen su escueta y magnífica gallardía palmeras imperiales — recibió el barón de Río Branco mis saludos río-platenses y tuvo amables gentilezas para mi diario y para numerosas personas de Buenos Aires, que nombró y recordó con acentuada simpatía. Risueño, muy erguido en su talla medrada y corpulenta, elaborando con cierta lentitud sus períodos en castellano, generalizaba ideas amables, cual si no hubiese caído en cuenta de que un repórter concreto estaba sobre su rastro. Paseamos un momento, me presentó á varias personas, hizo un paréntesis y firmó un expediente que le trajeron, recostándolo en la balaustrada de la galería. Ví que otros expedientes lo acechaban y un empleado desdoblaba desde lejos un plano que, visiblemente, llevaba los ojos del canciller. El reportaje peligró un breve minuto. Pero lo afronté bravamente:

—Señor ministro. . . No pienso incurrir, ciertamente, en la pueril pretensión de intentarle

un reportaje trascendental; pero convendrá V. E. en que no es posible venir de tan lejos, subir tan alto y, en fin... V. E. comprende!

Comprendió, en efecto, lo que probablemente había comprendido hacía rato. Y me dijo con sonrisa cordial:

— Bueno, pero entonces vamos á hablar en brasílero...

Y habló en brasílero, detenidamente, sin abandonar su llano y sustantivo estilo verbal, sobre las conveniencias materiales y la tradición moral en las relaciones del Brasil con sus grandes vecinos de Sud-América. Ni por un instante le ví entornar los ojos, de un gris aceado, llenos de certidumbres, ni envolver sus pensamientos en esas palabras cautelosas y reticentes con que los Metternichs de calibre menor ahuecan la importancia de sus declaraciones, soltándolas con precaución, como si cada palabra suya, dicha de golpe, pudiese alterar la marcha del universo. La cordial y despreocupada sinceridad que notara ya en todas las conversaciones tenidas con varios estadistas brasileros sobre materia internacional, alcanzaba en Río Branco sus formas superiores de simplicidad concreta y concluyente, desdeñando toda vaguedad, todo eufemismo, para afirmar convicciones de hecho y de principio, netas y sencillas. La imposibilidad de choques y con-

flictos de especie alguna entre Brasil y Argentina, la completa fe en que el gran país del Plata cifraba su afán en trabajar en paz, y la confianza de que igual convicción tendría respecto del Brasil la honradez argentina — que se disminuiría dudando sin motivo de la honradez ajena — la demostración material de las mutuas conveniencias, que son de orden imperativo, en cuanto á cordiales entendidos entre ambos pueblos, todo eso fué expuesto por el canciller brasilero con una precisión de fórmula algebraica, imposible de alterar seriamente, como él decía, con ninguna sugerencia maligna de índole individual — con ninguna locura!

“ Con ninguna locura! ” Fué curioso que el canciller llegase por distintos procesos mentales á emplear la misma expresión de Bocayuva — que sólo enloquecidos unos y otros podría haber discordia entre estos países — y que sólo un criterio ofuscado ó insensato podría suponer, no ya que el Brasil fomentase, sino que, por algún interés, le conviniese cualquier trastorno argentino ó de otro país, cualquier conflicto continental, con él ó con otra nación, cualquier perjuicio de cualquier vecino, material ó moral, político ó económico, interno ó exterior. ¿ Para ganar qué? La política del Brasil, como ya lo hiciera notar el Presidente Penna,

era afirmada por el Canciller sobre el concepto de que el mal de uno se ve de afuera como mal de todos, — que el desconcepto de uno hiere ó salpica á los demás, — y que lo que hay que hacer es propender á aclimatar las semillas preciosas del orden y la paz en todas las tierras de América — es cultivar la civilización general, la justicia, la lealtad y un insospechable concepto de intereses solidarios, para que todo eso haga escuela y forme un cuerpo virtual de doctrina sudamericana. — Y no á meros fines platónicos, expresó el Canciller — sino al objeto conciso de garantizar los bienes comunes, de territorio, de soberanía y de dignidad contra cualquier emergencia, no imposible si todos nos empeñásemos en mantenernos foscamente aislados en nuestras fronteras. Es preciso tender á entendidos concretos. No es posible, desgraciadamente, por razones obvias, pretender la alianza material de todos los países de Sud-América — pero sí, es posible, y debe ser nuestro ideal, buscar, como un fin de utilidad superior para todo el continente, que eso se verifique entre los países que, desde luego, estén, como están, por ejemplo, la Argentina, el Brasil y Chile, en condiciones de formar un conjunto de poder efectivo, asociando un capital de fuerza más ó menos equivalente. — Es claro que nadie sueña en imponer tutorías, declaró

el barón, pues ante el derecho todos somos iguales,—y el Brasil profesa este principio con tal convicción, que, á pesar de nuestra notoria amistad con Norte-América y del interés sincero con que la cultivamos, no hemos vacilado un minuto en adoptar la actitud definida que es notoria en el congreso de La Haya, no aceptando, ni para el Brasil ni para nadie, que pueda haber naciones con más derecho y naciones con menos derecho ante el concepto de la justicia, que debe actuar según la moral, no según la geografía ó el diverso poder de las escuadras;— se trata de poner en recaudo nuestra herencia y asegurar nuestro común derecho á trabajar y prosperar en paz. Para esto es para lo que deben ser nuestras fuerzas eficaces; pero mientras no se unan deliberadamente no lo serán sino en grado precario. Yo pienso en todo esto como pensaba mi padre; y sé que estas cosas han de venir, con nosotros ó sin nosotros, porque no las hace ni las deshace el capricho ni el talento de un solo hombre. Son obra de factores más complejos y potentes que una voluntad, mala ó buena. Lo que pueden hacer en ellas los hombres, es desconocerlas y retardarlas, si los perturba una pasión cualquiera ó un criterio receloso y estrecho,— ó bien reconocerlas y abrirles paso, anticipándoles el día, si tienen la buena suerte de interpretar á

tiempo y con verdad el anhelo y el interés de sus pueblos. Las hegemonías, como las conciben los espíritus superficiales, ni son posibles ni útiles para nadie; pero esto sí... Y el día que no haya sino un pensamiento y una acción en toda cuestión internacional que afecte al continente, no habrá osadía ni arbitrariedad bastante fuerte para imponernos una vejación. Cuando ya no sea cuestión de ocupar un puerto, sino de bloquear todo un continente sobre dos océanos, las cosas cambiarán sustancialmente, no sólo para la seguridad, sino para el prestigio y para el rango de Sud-América.

* * *

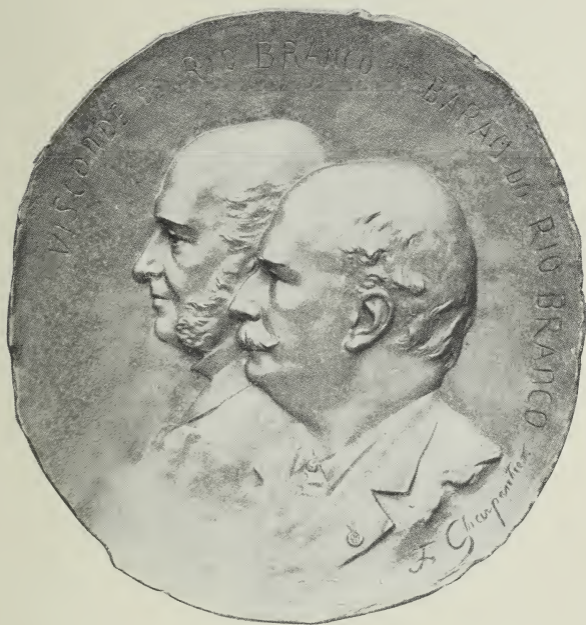
Tal es, expresado por su canciller, el pensamiento del Brasil en lo que respecta á la utilidad internacional de entendidos explícitos como los indicados; y en cuanto á lo interno continental no podía ser difícil poner en luz las ventajas que de ahí derivarían: desde luego, obtendríamos el precioso beneficio de concluir con todas estas desconfianzas que á intervalos nos ponen cavilosos, y á nadie le incomodaría entonces que el país que pueda y quiera gastar en renovar su escuadra ó fortificar sus costas ó aumentar sus efectivos militares, lo haga,

porque todo será para beneficio general. Nadie juzgará entonces indispensable hacer gastos bélicos por la única razón de que los haga un vecino — y además, eliminada la desconfianza, que nos trae siempre en pie de susceptibilidades irritables, podremos llegar á avenencias de orden económico y comercial, que hoy ni aun siendo razonables y convenientes prosperan, porque perdemos lo mejor de nuestra buena fe buscando la segunda intención entre las líneas de nuestros memoriales!

* * *

“ Pienso en esto como pensaba mi padre . . . ”
En la conversación del Canciller se destacó ante mi atenta observación esa frase, que no sólo subrayaba con el trazo firme de un acendrado é insospechable sentimiento filial las expresiones del estadista, sino que les imprimía el sello de una herencia moral, al evocar la eminente memoria, grata en ambas orillas del Plata, del ministro Silva Paranhos, cuya influencia moderadora y cordial en horas de recelo y hasta de odio, ha dejado luminosos rastros en tratados y acuerdos que honran las vistas diplomáticas del Brasil y por las cuales supo afrontar, el hoy glorificado estadista del Imperio, hasta

las tristezas de la impopularidad. En verdad, al Canciller actual le viene en herencia el amplio espíritu sudamericano, el concepto elevado y eficiente de las avenencias con fines de bien común, de libertad y de civilización. La tradición está en la sangre y en la mente, habiendo sin duda ascendido hacia una evidente plenitud; y al fijarme en este interesante hecho psicológico, no pude menos de generalizarlo, deteniendo la atención en lo singularmente propicio que el Brasil muestra ser, como medio ambiente, para el desarrollo de las estirpes mentales. La escasez de renovación en las sangres originarias, la falta de cruzamiento con otras razas — habiéndose desenvuelto casi totalmente la población brasilera sobre la base étnica portuguesa — dejaría temer más bien, unida á la acción depresiva del clima, un desarrollo degenerativo, diagramado en curvas descendentes. El hecho, entretanto, es bien otro: podrían mis investigaciones hechas al respecto referirse á numerosas familias con cinco y seis generaciones brasileras, desenvueltas sin mezcla alguna de sangre extraña á la originaria sangre portuguesa, las que, lejos de degenerar, han venido mejorando y produciendo temperamentos de selección; pero limitando ahora la observación á esta familia de Silva Paranhos, radicada en Bahía — en el centro tórrido — y con



Iconografía genealógica de Río Branco

Padre é hijo: el Vizconde de Río Branco y el actual Canciller del Brasil

cuatro generaciones de puro origen portugués, la veríamos que, partiendo, según creo, de un honorable funcionario, continúa en un coronel de milicias y da en seguida un hombre superior, como fué aquel ministro Paranhos — que ennobleció la estirpe adquiriendo del imperio la baronía y de la humanidad un timbre todavía más alto con la ley de libertad de vientres, que virtualmente abolió la esclavitud — y en la cuarta evolución la genealogía ascendente culmina en el actual Canciller, cuyo equilibrio mental y fisiológico se muestra, tanto en el vigor juvenil con que, á su edad, se entrega entero á un enorme trabajo, forzando los resortes de la vida, como en su acción mental ponderada, sin taras ni arrebatos, hasta sin impaciencias — pues habiendo sido ya secretario de su padre en misiones de resonancia, y diputado luego, se va de cónsul á Liverpool y allá pasa cerca de veinte años, desempeñando entonces y después diversos cargos y delicadas misiones diplomáticas en el exterior, pero sin ascender á la suprema dirección de los negocios exteriores hasta que las circunstancias lo ponen en su encumbrado sitio. Y él toma ese sitio, ya con más de cincuenta años, sin apuro, sencillamente, como quien reanuda sin esfuerzo una tarea familiar — resultando evidente para su país, desde tal día, que ha nacido para aquel cargo, y

que si no lo ha tomado antes, es porque, de seguro, no lo ha movido hacia los honores públicos ninguna especie de ambición personal.

Esto es tan aceptado allí que dió lugar al siguiente episodio:

Cuando recién empecé á darme cuenta de lo que significaba Río Branco en la opinión del Brasil — creyendo que allá como en otras partes nadie pensaría en felicidad mayor que en ser Presidente — dije en una rueda de personas, en cuya compañía viajaba:

—¡Pero este hombre lo puede ser todo! Seguramente que la futura presidencia...

Mis nuevos amigos se rieron, verdaderamente divertidos con mi suposición. Y uno dijo, resumiendo el concepto general:

—¡No, señor! Eso podría ser un gran anhelo del Brasil; pero á buen seguro que no sería nunca un anhelo del Canciller. Río Branco no es más ni menos que un Presidente, pero es otra cosa, que tal vez no sería si estuviese obligado á gastar en la política lo mejor de lo que hoy le consagra al país. Él no vive ni trabaja para los Estados, ni para el congreso, ni para sí, ni para sus amigos, ni para nada particular — vive y trabaja para el Brasil. Por eso no hace política — porque le estorbaría para esa otra función, en que todo el país se gloria de verlo consagrado. Si él fuese Presi-

dente tendría que seguir siendo también Canciller — y aunque es hombre superior á cualquier dificultad, sufriría quizás una de las dos cosas, la que más nos importa, porque el Brasil ha vivido desacreditado y hoy reclama que le hagan su crédito, y para eso necesita una acción altamente imparcial y superior, que influya sobre todas. Río Branco sería lo que quisiera, pero él mismo, jamás deseará ser otra cosa: en todo caso, lo único que podría ser es no ser nada — porque así seguiría siéndolo todo...

Esta es, en esencia, la convicción del Brasil en lo que respecta al Canciller, acerca del cual hallé, después de las sugestivas peculiaridades de vida y de trabajo que dejo referidas, una serie de anécdotas, las más variadas, sobre su vida, costumbres, hechos y dichos — motivo preferente de los comentarios de sus compatriotas. Pero entre todas, ninguna me pareció más adecuada para acabar esta crónica que una relativa á un sport del barón. ¿Un sport? Sí, pues, un entretenimiento de las horas de la meditación, á solas en su refectorio conventual de prior dado á las letras. Me lo contó un amigo que asegura saberlo — y consiste en un sistema especial de cazar moscas. Cazar moscas! Ni más ni menos. El Canciller está abstraído — medita algún plan trascendental — imagina

acaso una fórmula nueva para dar realce al concepto del Brasil, algún modo especial de dar vida á la entidad sudamericana que sueña en ver armonizada, fuerte y gloriosa. De pronto, su vista errante se fija en un punto: su cuerpo vasto y pesado se mueve suavemente; se levanta en silencio, toma el candelero, siempre con su vela encendida sobre la mesa y se desliza con dulzura hacia aquel punto, de donde ya no se apartaron sus ojos. Un paso, otro, llega al misterioso destino: alza la vela, la inclina, cae una gota de estearina y debajo de ella queda infaliblemente prendida y fulminada una mosca! Ese ha sido el único objeto capaz de interrumpir el trabajo del Canciller, que nadie se atrevería á perturbar—y tal es el sport del barón de Río Branco... á estar á la amistosa confianza.

El amigo que me contaba la anécdota, decía: “para un generalizador como usted, este detalle ofrece base á sutiles inducciones psicológicas... Matar moscas con gotas de estearina! bueno... parece banal; pero desde luego, vea que el sistema es nuevo y es de un procedimiento simple, sin crueldad ni perfidia; no hay ahí tuortuosidades traicioneras de araña, que parecerían tan propias en el sport de un Canciller! En cambio, lo infalible de la gota que cae, pac! prueba el pulso del hombre; y puede

hablar tanto de la rectitud de procedimientos como de la claridad de las ideas, pues si el Canciller caza sus moscas sin telaraña, dice sus propósitos sin hipocresía! ” Vaya la humorística inducción aunque sólo sea como un espiritual *mot de la fin*; pero la última parte, me es grato reconocerla exacta. La política exterior del Brasil, por lo que oí y creo poder decir, está informada en una claridad de intenciones que debe hacer escuela en Sud-América — en cuya diplomacia, como en la rioplatense de los grandes tiempos, la palabra humana tiende á abandonar el oficio rastrero y miserando de encubrir las ideas, para ejercer la función augusta y maternal de parirlas desnudas, como Verdades ó como Diosas!



III.

Nuestra frontera Noreste.

(Carta del autor al Dr. Antonio María Rodríguez)



Nuestra frontera Noreste

El gran acto de armonía

Su génesis en el gabinete de Río Branco ⁽¹⁾

Buenos Aires, Mayo 12 de 1909.

SEÑOR PRESIDENTE DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS,
DOCTOR ANTONIO MARÍA RODRÍGUEZ.

MONTEVIDEO.

Mi distinguido amigo:

Mientras hacíamos, del brazo, la cruzada procesional de la ciudad invicta, formando parte de la calurosa y cultísima manifestación que improvisó nuestro pueblo en honor del Brasil, evocábamos, entre reminiscencias de jornadas políticas comunes, en que era ya usted brillante y conspicuo jefe y yo apenas oscuro conscripto

(1) Publicado en *El Día* de Montevideo.

parlamentario, lembranzas de Río Janeiro y de sus hombres, entre cuya élite mental dejó usted arraigadas saudades. Y hablando, hablando, de aquellos temas amables y del intenso tema ambiente — aquel de la gran manifestación, que nos movía y nos soliviantaba el espíritu con su dinamismo poderoso y grave, le conté yo de cómo había sido el primer oriental que experimentara la honda emoción de ver, con la tinta fresca todavía, el nuevo trazado de nuestra frontera noreste, recordando, como lo más interesante del caso, las manifestaciones que en tal ocasión oyera al barón de Río Branco sobre la etiología y la moral positiva de la determinación brasileña. No sé si la influencia del momento dió cierto relieve interesante á la referencia: ello fué que usted me dijo con afectuosa reiteración:

— Usted debe escribir eso.

Regresado hoy á la paz laboriosa de mi hogar argentino, recuerdo su indicación, y antes de recomenzar la tarea cotidiana, aprovechando el saludable estímulo sanguíneo de la hora matinal, me doy el placer, no de “ escribir ” el pequeño episodio, sino de “ escribírselo á usted ”, llenando así su deseo en una forma para mí más agradable.

Ello es, en verdad, que, por un feliz accidente, la ví recién trazada, á la línea ideal, tantos

años anhelada — anhelada ciertamente en menor proporción por nuestra mortificada soberanía — y llevada más allá de nuestro propio anhelo por un bello gesto y un elevado espíritu principista de la diplomacia brasileña.

El relato, ciertamente, no puede ser más sencillo. Acabado de llegar á Río, á fines del año anterior, pasé á saludar al barón de Río Branco en el palacio de Itamaraty, y fuí conducido, después de dar muchas vueltas, á un despacho pequeño, que yo no conocía, uno de los tantos rincones de aquel viejo palacio, donde la inmensa labor del Canciller desborda á modo de una silenciosa é incoercible marea. Trabajaba el barón sabe Dios desde cuántas horas antes. Frente á él, un hombre pequeño, delgado, de aspecto huraño y mirada febril y profunda. Lo conocía. Era el gran escritor filósofo Euclýdes da Cunha, quizá el más fuerte cerebro de pensador y el más rutilante y terso estilo de publicista que hoy escriba la lengua lusitana. Da Cunha, que es ingeniero geógrafo, leía una especie de memoria que el barón escuchaba atentamente, anotando en una pequeña libreta algunas de las cifras y datos que iba dando el lector. La lectura y la anotación no se interrumpieron por mi entrada, durante todavía unos cinco minutos, que esperé de pie, pero que no perdí, porque debajo del brazo iz-

quierdo del barón, asentado sobre la mesa, distinguí en seguida un plano ó carta geográfica que reconocí y que cautivó mis ojos. Era nuestra zona limítrofe del Yaguarón y la Merim, tan familiar á todos nosotros, porque su contemplación ha suscitado tantas veces nuestras patrióticas melancolías! Pero desde el primer momento, una raya roja fuertemente trazada con dureza geométrica por el centro de aquellos cauces, me infundió un sentimiento íntimo de expectativa y ansiedad. Por fin el barón se levantó, con su afabilidad de gentil hombre y me dijo:— lo hice entrar aquí para mostrarle una primicia. Usted es el primero que verá este trazado de nuestras fronteras con su país, tales como deseamos que queden establecidas. Hace porción de días que vengo trabajando en esto y ahora acabo de determinar con da Cunha la línea definitiva, que como ve, corre á lo largo del thalweg, equidistante de las dos márgenes. Ahora estaba tomando algunas notas para el estudio y proyecto de tratado que debo presentar al Presidente.

Pude entonces observar á mi sabor el plano, con una emoción que comprenderán fácilmente todos los corazones orientales. Sólo supe decir al barón:— el pueblo oriental tiene buena memoria, señor, y ésta es de aquellas cosas que no se olvidan.— Oh, contestó el Canciller del

Brasil con su afable escepticismo mundano, — para nada entra ni puede entrar en esto la expectativa de un agradecimiento, que por otra parte no sería razonable pretender con carácter duradero de ninguna nación, cuyos intereses son siempre tan inestables. Este es más bien un propósito antiguo, que no se realizó hasta ahora por dificultades de nuestra política interna, que recién vamos acabando de allanar. Buscamos con esto, en primer lugar, ponernos en armonía con nuestro propio concepto del derecho de gentes en estos asuntos, y luego, legitimar y hacer insospechables ante el mundo civilizado nuestros afanes de equidad internacional, de justicia y consideración parejas para todos los pueblos, fuertes ó débiles, conforme á nuestra doctrina abiertamente sustentada en el congreso de La Haya.

Mientras el Canciller manifestaba así el móvil superior del acto trascendental cuya consagración estaba preparando en aquella salita donde no era posible sentarse por el desborde de legajos y papeles sobre mesas y sillas, yo no podía apartar los ojos del plano, como obsedido por aquella franca y firme línea roja, que venía á colmar en nuestra alma, con amplitud hidalga, aspiraciones tan viejas y tan caras! Y á pesar del amable escepticismo del canciller brasileño, pensaba para mí — y la manifesta-

ción del domingo empieza á probar que no me engañaba — pensaba para mí que aquella línea roja no se marcaría solamente en nuestro mapa fronterizo — sino que iba también á marcarse en la historia y en el alma nacional, dejando en ellas, como en el plano que tanto se complacían en observar mis ojos — un trazado indeleble.

Que así sea, para establecer de una vez y para siempre jamás, con el gran vecino del norte, la misma fecunda solidaridad de intereses y armonía de destinos que, pese á ofusadoras, vanas y precarias contingencias del momento, tenemos ya fundada tradicionalmente, indestructiblemente, con nuestra hermana mayor de río por medio.

Tales son los patrióticos anhelos de éste su viejo é invariable amigo,

MANUEL BERNÁRDEZ.







3 0112 098499418